

LORETO URRACA LUQUE

Entre hienas



Entre hienas

COLECCIÓN
LITERADURA

Loreto Urraca Luque

Entre hienas

Retrato de familia sobre fondo en guerra



Primera edición: marzo de 2018

© Loreto Urraca Luque, 2018

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2018
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-94810-44-2
Dep. Legal: M-5674-2018

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Pedro Urraca, Hélène Cornette y un amigo en la place de la Concorde*,
Arxiu Nacional de Catalunya, Fondo 1-983 / 304581

Impresión y producción gráfica: Orymu Artes Gráficas

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

A mi hija Laura y a su generación, para que no reviváis el pasado.

La littérature permet de se venger de la réalité en l'asservissant à la fiction
(La literatura permite vengarse de la realidad sometiéndola a la ficción)

SIMONE DE BEAUVOIR, *Mémoires d'une jeune fille rangée*

CARTA A MI ABUELO

Abuelo Pedro:

Poco antes de morir quisiste dictarme tus memorias. Insistías en contarme tus recuerdos y yo porfiaba en mostrarte mi desprecio. Toda tu vida escondido entre secretos, oculto en oscuros puestos, protegido bajo falsas identidades, y, al filo de la muerte, querías rememorar tus vivencias para demostrar que habías desempeñado un papel en la Historia.

Habías aparecido en mi vida de forma intempestiva, perturbando mi juventud, y querías atraparme en tu mundo. La palabra «memorias» me remitía a mis traumas infantiles y yo quería huir hacia el futuro. No quería conocer tu pasado, porque vislumbraba algo turbio. Temía que tu sombra me alcanzara. Habías sido un funcionario de un régimen que ya no existía, pero al que aún se temía. La transición impuso un pacto de silencio que os cubrió de impunidad, y el olvido colectivo os libró de la obligación moral de pedir perdón.

Con tu muerte se cerró la etapa de mi juventud a la vez que terminaba la transición política del país que, como yo, emprendía una nueva era sin haber restañado las heridas de iniquidad y odio. Pasaron años y me olvidé de ti.

Hasta que un día reapareciste en un periódico y se descubrió tu verdadera función durante el primer franquismo. «Persecución, exilio, republicanos, refugiados, Francia, México...», tu infamante pasado se me vino encima como una avalancha que me arrastrara pendiente abajo. Me sentí ultrajada, como si de pronto me hubieran desnudado en medio de la plaza y me hubieran dejado sola y expuesta a la ignominia, al oprobio público. Sentí rabia y sentí vergüenza. ¿Por qué aquel artículo? ¿Quién tenía tanto interés en desenterrar tu figura? Con este apellido, ¿cómo negar un vínculo con tu estirpe?, ¿cómo explicar que me eras indiferente, desconocido, ajeno?

Por segunda vez irrumpías en mi vida sin que te hubiera invocado y trastornabas el orden de mi mundo. La culpa no se hereda, pero el daño está hecho, y el dolor y la vergüenza perduran.

Una vez alguien me pidió que te definiera como persona, que describiera tu perfil humano y no supe qué escribir. ¿Había humanidad en ti? ¿Alguna vez sentiste compasión por aquellos «desdichados que arrastran su derrota por el mundo», por usar tus propias palabras?

Asumí que el estigma de tu lacra me acompañaría para siempre y sentí la necesidad de saber, de saber incluso más que aquellos que tanto habían estudiado tu existencia. Acudí a los archivos a descubrir quién eras y, leyendo los informes que enviabas desde París, me acordé de aquellos testimonios que no te quise escuchar.

No me arrepiento. La memoria es incierta y selectiva, y tus relatos no hubieran sido objetivos, habrían estado contaminados de falsos recuerdos y olvidos certeros. En cambio, tus escritos desvelan cómo eras

y con qué impunidad os desenvolvías los franquistas en la Francia ocupada por los nazis.

Pero aún tenía que descubrir más. En Francia, se te asocia a la Gestapo, se te acusa de tráfico ilícitos, de haber intentado deportar a una judía, y quién sabe si tuviste algo que ver en la captura del jefe de la Resistencia.

No te mereces ni el tiempo, ni el interés, ni el esfuerzo de las personas que indagan en tu vida, pero eres un medio para descubrir la cara desconocida de la represión totalitaria. Desenterrando tu pasado te pongo en evidencia y expongo la magnitud de vuestros estragos.

Todavía rastreo entre legajos algo que me asegure que no fuiste más que un fiel servidor de un régimen opresor sin extralimitarte en tus competencias ya de por sí amplias. ¿Fuiste realmente «Unamuno», el agente E-8001 de la Gestapo? ¿Es verdad que traficabas en el mercado negro? ¿Es cierto que llegaste a traicionar a tu país para contentar a los nazis?

Mientras busco más datos para recomponer tu verdadera historia, intento recuperar del olvido a vuestras víctimas para así liberarme del lastre de tu infamia y poder seguir viviendo con dignidad.

Me debes que te rescate de la eterna noche en la que deberías haber permanecido.

LORETO URRACA LUQUE

Entre hienas

SOPHIE

LA SOLEDAD

LA MIRADA PERDIDA Y EL GESTO crispado, Sophie avanzaba apurada por los pasillos buscando la sala. Le molestaba el ruido de sus tacones, que retumbaba en las paredes del imponente edificio del tribunal del Sena hasta perderse en las alturas del techo. Algunas personas ya esperaban cerca de la puerta. «Demasiadas —pensó—, será otro juicio». Pero el número de la sala coincidía con el indicado en la citación. Estaba aturdida, con la sensación de que todos se fijaban en ella, que las conversaciones se apagaban a su paso.

Entre tantos rostros diferentes, todos indefinidos por igual, creyó reconocer a Elise Chollet, aunque no podía ser ella, tan bien peinada y con traje. Sin embargo, la mujer que la acompañaba sí parecía su hija. Sophie tuvo que desviar la vista para atender a su abogado, que se le acercaba manoseando nervioso la carpeta de cartón azul. Le costó reconocerle con la toga, muy amplia sobre unos hombros aún jóvenes. No había podido elegir un prestigioso

abogado porque ninguno había querido aceptar su caso. Él le hablaba de prisa, le preguntaba, le insistía. Con aquel rumor de voces a su alrededor, Sophie le seguía con dificultad, no le oía bien, no entendía qué decía que tenía que decir. Se azoró.

Alguien chocó contra su espalda y, al girar la cabeza, Sophie vio pasar a Paul Géraldy, bien erguido a pesar de los años, protegiendo con su cuerpo la figura menuda de Antoinette Sachs. Saludaron al señor Baude y a las personas que le acompañaban y formaron un corrillo entre apretones de manos y besos. El joven abogado seguía dándole consignas, pero Sophie solo atendía a los parabienes que se intercambiaban en el grupo vecino.

Una hoja de la gran puerta doble se entreabrió y apareció un ujier. La gente se apartó formando un semicírculo.

—¿Antoinette Sachs? Acérquese. ¿Sophie Stoffel? Venga aquí también. ¿Hélène Urraca?... ¿Señora de Urraca? —repitió—. ¿Pedro Urraca?... ¿Pedro Urraca Rendueles? —El ujier se volvió hacia Sophie—. ¿Han recibido la citación?

—Las tres llegaron a mi casa, pero ya no están en París.

—¿Letrados? Pasen. —Se adelantó para dejarles espacio y siguió llamando—. ¿Elise Chollet? ¿Paul Géraldy?...

En la sala reinaba un gran silencio y Sophie se sobresaltó con el golpe de la puerta al cerrarse. Olía a nuevo. La madera recién pulida y barnizada, la alfombra verde, la tapicería de terciopelo granate, las lámparas doradas, todo relucía. Entre ventana y ventana, tres mástiles, cada uno con la bandera tricolor, realzaban la solemnidad del lugar y recordaban que la ocupación nazi había terminado. El orden republicano francés estaba de nuevo en vigor.

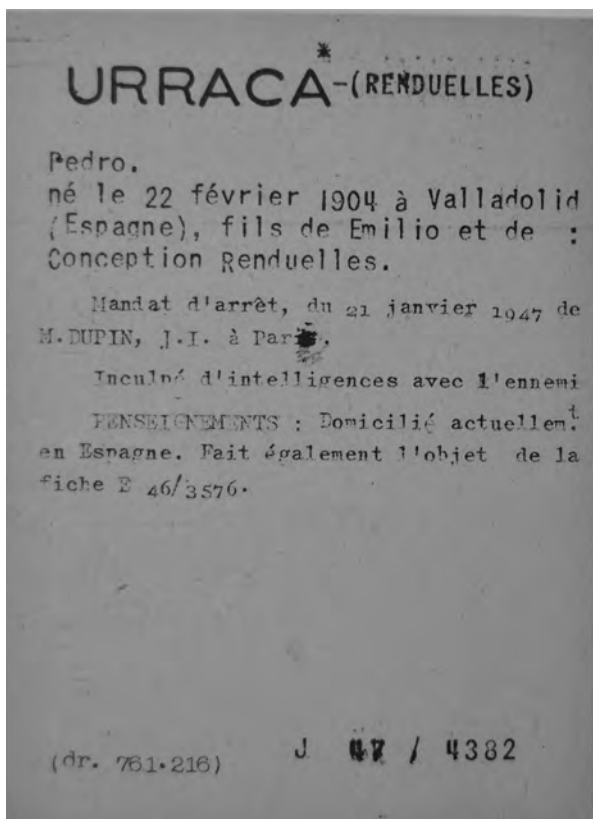
Su letrado masculló una torpe disculpa al tiempo que la apartaba de su paso y se adelantó por el pasillo central hacia el fondo de la sala. Sophie le siguió con la incómoda sensación de que, justo



Foto de Pedro Urraca Rendueles en la ficha policial.

detrás, iba Antoinette Sachs. El abogado ya se había sentado en una de las mesas dispuestas a los lados del estrado y, con la barbilla, le indicó que tomara asiento en la primera fila de bancos.

En el lateral opuesto, Antoinette Sachs y su abogado hablaban quedo, todavía de pie, dándoles la espalda. Por una estrecha puerta disimulada en la pared, entró un hombre abrochándose la toga roja, saludó brevemente al letrado de la señora Sachs, subió al estrado y se sentó. Enseguida abrió su carpeta, desplegó sobre la mesa el contenido y se concentró en la lectura.



Ficha policial de Pedro Urraca Renduelles.

De nuevo el silencio. Sophie observaba al fiscal ordenando sus papeles, la gran mesa aún vacía y una silla al pie del estrado. Empezó a centrarse en sí misma. No terminaba de creerse que estuviera pasando por aquel trance, que estuviera viviendo aquella situación tan comprometida por una simple desavenencia por el alquiler.

Un murmullo creciente le hizo girar la cabeza. La gente, antes agolpada en la entrada, se iba repartiendo por los bancos y esperaba expectante el inicio de la vista.

«Igual que en una sesión de cine —se dijo Sophie—. ¿No tienen otra cosa mejor que hacer?»

Un estridente timbrazo acalló el rumor de los cuchicheos. La señora Sachs y su abogado interrumpieron la conversación, se dieron la mano y ocuparon sus lugares. Antes de sentarse, Antoinette Sachs la miró desafiante, con un ápice de provocación en la comisura de los labios. «Sinvergüenza —pensó Sophie—. Todo lo que hice por ella, y me denuncia...».

El ujier abrió la puerta, y la sala entera se puso en pie mientras entraban los jueces: dos con toga negra y el presidente con toga roja y birrete, seguidos del secretario. Se acomodaron, abrieron sus carpetas e intercambiaron algunas palabras. El secretario se levantó con parsimonia, miró a la sala, carraspeó y anunció la causa:

—Asunto 4301/1945: Antoinette Sachs y el Ministerio Fiscal contra Sophie Stoffel y el matrimonio Pedro y Hélène Urraca, acusados de colaboracionismo y connivencia con el enemigo.

Sophie sintió frío y un leve temblor en las rodillas. Cerró los ojos y respiró hondo para dominar los nervios. ¿Quién le hubiera dicho que todo acabaría así?

El secretario volvió a sentarse y las acusaciones quedaron flotando en el aire. El presidente del tribunal esperó a que aquellas palabras calaran en la audiencia mientras observaba a Sophie con ojos de lince. Luego, empezó a leer, despacio, con tono grave y pausado, y su voz se fue engolando, hasta alcanzar la última fila de la sala. Citó nombres franceses, españoles, alemanes. Sophie los conocía, pero escuchaba los hechos por primera vez y, repetidamente, resonaba rotundo, mal dicho, *Urraca*, maldito, Urraca, su yerno, su infierno.

Se sintió sola como nunca antes.

—Allanamiento de morada,
Ignorante y sola.
—colaboracionismo,
Indefensa y sola.
—connivencia con el enemigo,
Insegura y sola.
—dos años,
Incapaz y sola.
—cinco años,
Injustamente sola.
—pena de muerte,
Inculpada por los manejos de su yerno.
—confiscación de bienes,
Abandonada por su hija.
—indignidad nacional
Responsable de sus acciones.
—y las correspondientes multas.
Sola.
—¿Ha entendido la acusada los cargos? ¿Ha escuchado las penas?

Sophie se sobresaltó con las preguntas tajantes del juez y solo fue capaz de afirmar con la cabeza. No le salía la voz.

El presidente cedió la palabra al fiscal, que detalló las acusaciones. De nuevo, volvieron a repetirse las terribles palabras por las que ella estaba sentada en el banquillo: *allanamiento, morada, colaboracionismo, connivencia, enemigo*. Durante la exposición del fiscal, Sophie prefirió evadirse y se puso a evocar tiempos anteriores a la guerra. Su mente voló hasta la época en que había vivido feliz y tranquila en compañía de Fernand, su difunto esposo.

Cuando volvió de su ensoñación, quien hablaba era su propio abogado, que pedía la suspensión del juicio por la incomparecencia de los otros acusados. El presidente miró a los dos jueces y, con un gesto de la barbilla, indicó al secretario que procediera sin acceder a la pretensión.

—Que entre Elise Chollet —ordenó el secretario.

Por una puerta lateral entró una mujer, los cincuenta bien cumplidos. Por sus carnes fofas se notaba que, en tiempos, había sido gruesa. Era ella, la del voluminoso cardado, el primer testigo en su contra. «No podía ser de otra manera», asumió Sophie.

Titubeante, se dirigió al centro de la sala, evitando ponerse frente a Sophie. Se la notaba incómoda con zapatos de tacón, y, algo desorientada, se quedó parada hasta que el ujier le indicó que se sentara en la silla frente al estrado. Sophie reconoció el sombrero y los guantes que Fernand le había regalado años antes. Ella misma los había elegido de la última colección salida de la fábrica.

Elise Chollet estaba nerviosa, cruzaba una pierna y luego la otra, estiraba el borde de su chaqueta, jugaba con los guantes, que apretujaba entre las manos inquietas. Sophie comparó la silueta que le daba la espalda con la imagen que guardaba de la portera en delantal y zapatillas. Los años y la guerra habían dejado huella, como en todos ellos.

El ujier le hizo prestar juramento y el presidente inició el interrogatorio:

—Díganos su nombre.

—Elise Chollet.

—¿Es su nombre de soltera?

—No, señor; de soltera es Juedlin. Chollet era mi marido.

—¿Cuál es su profesión?

—Soy portera.

—¿Qué relación tiene o tenía con la acusada, la señora Sophie Stoffel?

Elise Chollet carraspeó, tomó aliento y empezó a hablar con voz de pito, de prisa, como quien por fin se ve ante una audiencia y repite un discurso bien ensayado.

—En 1918 el señor Stoffel abrió una fábrica de complementos de moda: guantes y sombreros, sobre todo. Nos contrató a mi marido y a mí como guardeses del edificio, las cuatro plantas de la fábrica, las tres de la vivienda y el pequeño jardín. En pocos años hizo muchos clientes y el negocio iba bien. Viudo y sin hijos, lo más cercano que tenía era su personal, que le apreciaba, porque era un buen patrón. Sophie Stoffel, que todavía era señora de Cornette, también trabajaba en la fábrica, de patronista. Se casó con el dueño en mayo de 1929. Él ya tenía sesenta años, aunque todavía era ágil y apuesto. Ella tenía quince años menos y una hija, ya mayor, que se instaló en el pisito del ático hasta que se casó con Pedro Urraca y se fue a vivir a Madrid. En 1931 las ventas empezaron a bajar. El patrón decía que le salían muy caros los trabajadores y que, en otras fábricas, las máquinas hacían los mismos artículos más baratos. Fueron tiempos duros, de tensas negociaciones con los obreros. El señor Stoffel no se veía con fuerzas de continuar y decidió cerrar la fábrica y convertirla en apartamentos de alquiler. El matrimonio Stoffel se fue a vivir a Sèvres y nos dejó, a mi marido y a mí, de conserjes en la finca. En realidad, yo me quedé de portera y él se convirtió en el chófer de la señora Stoffel, en todo momento a su disposición.

El presidente levantó los ojos de su expediente y cedió el turno al fiscal.

—Díganos, señora Chollet, ¿qué relación tiene o tenía con la denunciante, la señora Antoinette Sachs?



Rue de l'Université, 133 por Carlos Hurtado.

—La casa principal se quedó como estaba, dos plantas y el pisito del ático. En la fábrica, la portería tampoco se cambió, era nuestra vivienda. Hicieron un piso en cada una de las dos plantas centrales, y la buhardilla, que era el antiguo secadero de pieles, la dejaron como desván. Todavía en obras, el señor Baude preguntó por los precios, pero no acordó nada con el señor Stoffel. En cambio, la señora Sachs se decidió rápido y alquiló la casa y también el ático. Enseguida se mudó. Traía muy pocas cosas para un espacio tan grande y aprovechó algunos muebles de los que habían dejado los Stoffel. Era pintora y, en el ático, montó el estudio. Lo llenó de mesas, caballetes y cuadros. La casa ya llevaba arrendada más de un mes cuando regresó el señor Baude. Se quedó defraudado, porque la habría querido alquilar él, junto con uno de los pisos, donde tenía pensado instalar un laboratorio; se tuvo que contentar solo con la segunda planta. Unos años después, el Partido Social Francés

alquiló la primera planta para sus reuniones. Venían dos veces por semana.

El fiscal, con la cabeza, indicó al presidente que no le haría más preguntas, y el juez le dio la palabra al abogado de Antoinette.

—Señora Chollet, ¿podría decirnos cómo eran las relaciones entre la acusada Sophie Stoffel y la denunciante, Antoinette Sachs?

—Aunque el propietario era el señor Stoffel, su señora llevaba el negocio y siempre andaba yendo y viniendo a París, con mi marido al volante. Ella se encargaba de cobrar los alquileres, de pagar las reparaciones, de llamar a los operarios, de todo. Al menos una vez al mes venía por allí y, a veces, pasaba a saludar a los inquilinos. La señora Sachs tenía muchos amigos, artistas y también políticos. Uno de sus amigos más cercanos era el señor Paul Géraldy, el escritor, que también conocía al señor Stoffel.

El abogado de Antoinette Sachs indicó al juez que había terminado y este le dio entrada al abogado de Sophie.



Matrimonio Stoffel en 1930.



Matrimonio Urraca en 1930.

—Señora Chollet, ¿podría describirnos cómo eran las relaciones entre el matrimonio Stoffel y el matrimonio Urraca?

Elise pareció meditar la respuesta, como quien no sabe por dónde empezar.

—La madre y la hija discutían mucho, porque la señora Stoffel no terminaba de aceptar que el novio fuera español. Pero un marqués, también español, que era diplomático, apoyó mucho a la pareja y, al final, la señora Stoffel se convenció de que era un buen partido para su hija. Se casaron en noviembre de 1930 y celebraron la boda en la casa. El padrino fue el marqués y, al día siguiente, los tres se fueron a Madrid. El señor Urraca estaba colocado allí, en un ministerio. Unos meses después, la señora Stoffel se alarmó mucho cuando recibió un telegrama de su hija diciendo que venía. Vino sola. La señora Stoffel creyó que algo iba mal en el matrimonio, pero no era por eso. Era porque en Madrid había disturbios y el señor Urraca prefería mandar a su mujer a París hasta que la situación se calmara. Era muy difícil comunicarse, y las señoras estuvieron muy inquietas aquellos días. El rey se fue, y, cuando la situación política estuvo más tranquila, la señora Urraca regresó con su marido a pesar de que la señora Stoffel insistió en que se quedara. En verano volvieron a París juntos y, durante las semanas en que estuvieron aquí, visitaron varias veces la Exposición Colonial. Los Stoffel les acompañaron una mañana y el señor regresó indignado



Sello de la Exposition Coloniale de 1931.

de que los negros estuvieran como en un zoo, para que los visitantes les miraran. Aquella vez él y el señor Urraca no llegaron a discutir fuerte, pero se notaba que tenían opiniones muy diferentes.

El presidente alzó una mano e interrumpió el discurso de Elise.

—Señora Chollet, ¿les oyó discutir alguna vez de política?

En la mente de Elise se perfilaron nítidos los recuerdos de la Nochevieja de 1933.

—Desde que el señor Stoffel decidió cerrar el negocio, el ambiente en la fábrica se había vuelto tenso. Algunos obreros, apoyados por los sindicatos, habían organizado paros y protestas para obtener mejores condiciones, y aquella reacción tan furiosa sorprendió al señor Stoffel, que todavía consideraba a los trabajadores como su familia. Estaba agotado de tantas discusiones y había cedido prácticamente a todas las peticiones con tal de iniciar el nuevo año con el negocio liquidado. A finales de diciembre llegaron los Urraca. La tarde de fin de año, mientras las señoras se arreglaban, el señor Stoffel y el señor Urraca hablaban en la biblioteca. Jacqueline, mi hija, me ayudaba a poner la mesa y, a través de la cristalera de la puerta, se oía algo de la conversación, que se estaba convirtiendo en discusión. El señor Urraca le decía al señor Stoffel que los problemas que había tenido en la fábrica con los comunistas no los hubiera tenido en España, porque había un nuevo Gobierno que apoyaba a los patrones y que, allí, atajaban las protestas de raíz. Al señor Stoffel no le gustó el comentario, ni el tono provocador del señor Urraca y le preguntó que si aquel gabinete tan fuerte pensaba hacer lo mismo que Hitler en Alemania. También le dijo que a la fuerza no se conseguía nada. El señor Urraca le dijo que Francia tenía un Gobierno demasiado débil, que se debería seguir al Tercer Reich. Entonces el señor Stoffel se encolerizó y le llamó fascista. Sin decir nada, muy digno, el señor Urraca salió de la biblioteca,

fue a buscar a su señora y se marcharon, con maletas y todo. Dos días después, Louis, mi marido, con la señora Stoffel, les recogió en el Hotel d'Orsay y les llevó a la estación.

—Señora Chollet, ¿el señor Stoffel era judío? —intervino directo el presidente.

—Sus padres lo eran, pero no debían de ser practicantes. Nunca le vi cumplir con ningún precepto israelita, ni de ninguna religión.

—Letrados, ¿tienen alguna pregunta más?

—No, señoría —respondieron al unísono.

—Puede levantarse, señora Chollet.

Sophie no había apartado sus ojos de la portera en ningún momento, y Elise, al dirigirse hacia los bancos, se encontró de frente con su mirada. No pudo evitar que se le encendiera la cara y fue a refugiarse al lado de Antoinette Sachs, quien, absorta en sus propios recuerdos, apenas se percató de su presencia.